

# EL CONCEPTO DE ‘SOLIDARIDAD’ DE LAS ORGANIZACIONES URBANO-POPULARES DE CHILE DURANTE LA DÉCADA DE LOS 80. APROXIMACIONES, DESDE ABAJO, A LA HISTORIA CONCEPTUAL<sup>1</sup>

The concept of ‘solidarity’ of the Chilean popular sectors during the decade of the ‘80s. Approaches, from below, to the Conceptual History

Daniel Fauré Polloni<sup>2</sup>

## Resumen

El presente artículo pretende, desde la propuesta de historia conceptual de Reinhart Koselleck, realizar una práctica comprensiva del concepto de solidaridad en el contexto del Chile dictatorial. El objetivo es ver cómo este concepto logra, en la época, transformarse de índice a factor de realidad a partir de la apropiación, resignificación, uso y proyección que realizan de él los sectores urbano populares y, en particular, el movimiento de pobladores y pobladoras. Para ello, se analiza una muestra de boletines populares editados por organizaciones poblacionales de Santiago y Valparaíso entre 1983 y 1987.

Palabras clave: solidaridad, movimiento de pobladores, Dictadura, historia conceptual, Chile.

## Summary

The present article intends, from Koselleck’s conceptual history proposal, to carry out a comprehensive practice of the concept of ‘solidarity’ in the context of dictatorial Chile. The objective is to see how this concept manages, at the time, to transform from an index to a reality factor based on the appropriation, resignification, use and projection made by the popular sectors and, in particular, the movement of urban poor. To this end, various ‘popular bulletins’ edited by population organizations in Santiago and Valparaíso between 1983 and 1987 will be analyzed.

Keywords: solidarity, movement of urban poor, Civic-Military Dictatorship, conceptual history, Chile.

---

<sup>1</sup> La presente investigación independiente fue realizada en el marco de la tesis doctoral: Prácticas autoeducativas de la juventud urbano popular: saberes, control comunitario y poder popular territorial (Santiago, 1987-2013). Santiago: Universidad de Chile, 2015.

<sup>2</sup> Chileno. Doctor en Historia, Universidad de Chile. Académico del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Chile. Correo electrónico: [daniel.faure@usach.cl](mailto:daniel.faure@usach.cl) / Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3909-609X>

## Introducción

“De todas las traiciones que comete el intelectual sólo hay una grave: creer que ha entendido algo por el mero hecho de haber sido capaz de ordenar una determinada parcela del lenguaje”

(Manuel Vázquez Montalbán, *Escritos Subnormales*, p. 21).

Las palabras que siguen son un ejercicio reflexivo, pero también una propuesta y una apuesta: ejercicio de aplicación de la propuesta analítica de la historia conceptual planteadas por Reinhart Koselleck en una práctica intelectual concreta; propuesta de selección y de oposición, en la que se busca armar un mecano teórico/práctico que pueda servir para enfocar una parcela de lenguaje específica: la de los sectores urbano populares de Chile durante la larga noche de la dictadura pinochetista; y una apuesta en tanto buscamos con lo enunciado no sólo ordenar dicha 'parcela de lenguaje' sino también, a partir de ello, producir realidad. En lo concreto, se busca analizar el recorrido del concepto de solidaridad en el discurso de los sectores urbano populares chilenos durante la década de los 80, centrándonos en su facción organizada -el movimiento de pobladores y pobladoras y las organizaciones poblacionales que lo integraban- y en la fase de contraofensiva popular al régimen que desarrollaron entre 1983 y 1987 -período en que se desarrollan las "Jornadas de Protesta Nacional". Para ello, se seleccionó una muestra de organizaciones poblacionales de Santiago y Valparaíso, y se analizó una serie de boletines populares en los que se plasmó su voz; en tanto fuentes privilegiadas para acceder, desde abajo y en forma colectiva, a su lectura de mundo.

A manera de hipótesis, sostenemos que si bien el concepto de solidaridad no era ajeno a la red categorial que utilizaban las organizaciones

poblacionales previo a la Dictadura Civil-Militar, en este período se reposiciona a través del discurso de la Iglesia Católica y, en particular, de sus Comunidades Cristianas de Base, logrando ser un concepto que permitió nombrar y proyectar un amplio conjunto de prácticas de rearticulación social y política que se daban en el espacio eclesial, en el que confluían diversos sectores sociales (profesionales, pobladores/as, militantes, laicos/as y cristianos/as) al ser éste el único espacio social que logró librarse, aunque de manera parcial, de la acción represiva del régimen militar al interior de las poblaciones de la zona central del país. Con ello, creemos que se configuró un discurso proyectivo, que permitió la rearticulación del discurso antidictatorial por parte del movimiento poblacional, en el complejo proceso de reconstruirse como actor histórico colectivo y enfrentar al régimen, sobre todo en su fase de mayor expresividad: durante las Jornadas de Protesta Nacional entre 1983 y 1987.

## Una entrada a la propuesta de la Historia Conceptual

Para realizar el presente análisis, hemos recogido algunas herramientas interpretativas de la *historia conceptual*. Esta corriente disciplinaria, si bien se entronca con la historia social alemana, tiene sus antecedentes más claros en la filosofía, donde surge y desde donde abre ventanas hacia áreas afines como la política y la historia (Gómez Ramos, 2004, p. 11), en una propuesta metodológica que: “[...] atiende al proceso a través del cuál los conceptos se han articulado sincrónicamente al tematizar situaciones y diacrónicamente al asumir su modificación. Así pues, al referirse a la doble dimensión sincrónica y diacrónica, la historia conceptual rastrea las diversas significaciones de un concepto que se encuentran acumuladas en una especie de capas estratigráficas que son reactivadas en cada uso efectivo del lenguaje” (Vilanou, 2006, p. 37).

Dicho en palabras de Reinhart Koselleck -principal referente de esta corriente disciplinar-: “La historia de los conceptos va más allá de una sistematización o adición de datos históricos de fuentes. Más bien es un acercamiento interpretativo a la experiencia plasmada en los conceptos, y descifra, en la medida de lo posible, las pretensiones teóricas contenidas en los conceptos. Literalmente se pregunta por la evidencia de la transformación que se produce en esa época, cómo se ha articulado lingüísticamente en los conceptos” (Koselleck, 2009, p. 99).

Si bien trabajamos con ‘conceptos’<sup>1</sup>, no los asumimos como una cosificación normada y estática. En relación a ello, la *Begriffsgeschichte* introduce la variable temporal para dar cuenta y razón de los cambios que se producen conceptualmente, entendiéndolos no sólo “indicadores” de los contextos que engloban sino también como “factores” suyos. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero tam-

bién límites para la experiencia posible y para la teoría pensable. Por esto la historia de los conceptos puede proporcionar conocimientos que desde el análisis objetivo no se tomarían en consideración. El lenguaje conceptual es un medio en sí mismo consistente para tematizar la capacidad de experiencia y la vigencia de las teorías” (Koselleck, 1993, p. 118). Con ello, la propuesta koselleckiana juega a centrarse en el hiato que se genera entre el concepto mismo y la realidad que es referente y referida, ubicándose de preferencia en el complejo espacio que se da entre las situaciones sociales reales y el uso lingüístico que se refiere a ellas. Más que una ‘historia del concepto’, “[...] es el resultado de la dinámica que se establece entre las experiencias históricas y su captación o registro lingüístico” (Koselleck, 1993, p. 183).

Es en ese sentido que plantea Koselleck que el concepto juega el doble rol de “índice” y “factor”: “En la medida que los conceptos operan como índices del cambio histórico, pero también, y al mismo tiempo, como concretos factores del mismo –contribuyendo de hecho a la “formación de la conciencia” y “al control de los comportamientos” de los actores sociales-, el análisis conceptual se vincula inmediatamente a la historia social” (Chignola, 2003, p. 36). Por ello, la propuesta de Koselleck logró colocar en evidencia la necesidad de combinar “[...] el nivel del lenguaje y el nivel extralingüístico, es decir, el texto y el contexto, o lo que es lo mismo, la tensión que se produce entre el concepto y la sociedad, entre la semántica histórica y la historia social” (Vilanou, 2006, p. 51).

Así, la propuesta de la Historia Conceptual no deja de observar el desarrollo histórico concreto y material de los sujetos colectivos que despliegan su historicidad, en tanto es en ese proceso en el que “se registran en el lenguaje cambios profundos, cambios que son un resultado del mencionado proceso”; sin embargo, en un camino de ida y

---

1 La propuesta de *historia conceptual* de Koselleck parte de la distinción entre ‘palabra’ y ‘concepto’, ya que si bien cada concepto depende de una palabra, cada palabra no es un concepto social y político. Además, los conceptos pueden ser jerarquizados por ‘rango’, existiendo conceptos históricos *fundamentales* (conceptos guía, *Grundbegriffe*) y otros neologismos asociados. Sobre ello, explica: “Todos los conceptos fundamentales no sólo son inalterables (en el sentido de que su formulación lingüística se mantiene inmutable durante largo tiempo), y, por tanto, discutibles y controvertidos, sino que poseen a la vez una estructura temporal interna. Cada concepto fundamental contiene varios estratos profundos procedentes de significados pasados, así como expectativas de futuro de diferente calado” (Koselleck, 2004, pp. 37-38). Complementando, “(...) uno de sus rasgos fundamentales radica en que la historia conceptual no es una historia de las palabras, ni una historia de los términos, sino una historia de los conceptos que parte de la siguiente premisa: una palabra se convierte en concepto cuando se carga de connotaciones particulares. En la medida en que se condensa una experiencia histórica, un concepto articula redes semánticas, lo cual le confiere un carácter inevitablemente plurívoco, cosa lógica si tenemos en cuenta el fracaso del neopositivismo para fijar un lenguaje conceptual unívoco: el concepto no es un universo, sino un pluriverso. Por tanto, los conceptos como tales no tienen historia: contienen historias, pero no tienen ninguna” (Vilanou i Torrano, 2006, p. 49).

vuelta, presta atención a cómo este proceso "(...) es un producto de conceptos que tienen la singularidad de 'anticipar el futuro'. Esta capacidad de los conceptos de expresar anticipadamente el futuro, antes de que las posibilidades de éste se hayan dado, es completamente nueva" (Oieni, 2004-2005, p.33).

En la misma línea, Koselleck plantea que en los conceptos no sólo hay un utillaje necesario para nombrar la realidad, agrupando situaciones concretas, sino que, además, estos conceptos sobrepasan dichas experiencias, y devienen en anticipaciones que sirven de apertura al futuro. En palabras de Koselleck: "[...] cada concepto tiene su propia estructura interna, que no sólo se revela en una aplicación singular, sino que la hace posible. Las estructuras lingüísticas son más duraderas que los acontecimientos (o los preceden). Por eso los conceptos tienen, más allá de su aplicación singular, variadas posibilidades de aplicación repetitiva y, asimismo, la capacidad de fundar experiencias" (Koselleck, 2009, p. 25).

Ahora, como pauta de análisis, la historia conceptual ha establecido la existencia de cuatro procesos paralelos que tienden a ser condicionantes para la evolución conceptual –y elementos clave para pensar su estudio-. Ellos son: "democratización (conceptos conocidos antes entre el estamento intelectual encuentran audiencia también en otras capas sociales), ideologización (por ejemplo, el cambio del plural "libertades" al singular "libertad", indica el emplazamiento del concepto en un nuevo campo discursivo), politización (conceptos fundamentales sirven cada vez más como arma arrojada, polémica, y se tornan así polisémicos) y temporalización (se vuelven procesuales y adquieren expectativas de cara al futuro)" (Vilanou, 2006, p. 182).

Es ahí donde nace el desafío, la propuesta: el estudio de los conceptos no sólo sería un ejercicio

intelectual, sino de comprensión y de aportación política, al relevar el papel desafiante de estos conceptos como articuladores de realidad, como productores de realidad: "Los conceptos son «esquemas de orientación y de acción para la praxis y la teoría» [Por lo mismo, la Historia conceptual] siente una especial predilección por aquellos conceptos mediante los cuales la filosofía se implica en la praxis de la vida, en las luchas políticas e ideológicas de la época" (Villacañas y Oncina, 1993, p. 13).

### **De la Historia Conceptual a la Historia Social Popular chilena. Sobre los sentidos políticos de la práctica historiográfica**

Asumiendo el desafío planteado en el párrafo precedente, el de una práctica disciplinaria que se implique en 'la praxis de la vida', sostenemos que el trabajo mismo de la historiografía, y en particular de la Historia Social Popular chilena, puede convertirse en campo posible de intervención experiencial en la sociedad, en tanto se asuma nuestro trabajo como un espacio de comprensión de las lógicas de construcción –conceptuales y de acción- de los sujetos en el pasado y socialicemos esa construcción lingüística a otros y otras, en busca de construir sentidos comunes<sup>2</sup>. En esa perspectiva es que entendemos este desafío de plantear un ejercicio de historia conceptual desde abajo y desde dentro.

Instalados en un momento de alta conflictividad discursiva y, partiendo de la base de que "[...] la lucha por imponer una imagen particular de mundo y fundar en ella unas determinadas re-

---

2 "[...] afirmar la esencial «lingüisticidad» (Sprachlichkeit) de la experiencia humana no significa, necesariamente, encerrarse en el círculo encantado del lenguaje. El lenguaje es fundamentalmente una apertura al mundo y diálogo inter-subjetivo, además de ser una mediación esencial para la comprensión de sí mismo" (Jervolino, 2005, p. 499).

laciones de dominación es un proceso histórico que trasciende el funcionamiento de la estructura social y requiere de la participación significativa de los individuos” (Cabrera, 2001, p. 33) es que planteamos que el proceso de ‘lectura de mundo’ (como lo planteara Paulo Freire) se hace más que nunca necesario; como generador de poder, un poder *hermenéutico* que, en procesos anteriores, ha hecho “[...] posible la resistencia de los dominados, pues no sólo éstos aprovechan la dimensión simbólica del poder para tratar de imponer representaciones alternativas, sino que las propias formas de dependencia proporcionan recursos de los que los dominados se apropian creativamente para influir sobre la actividad de sus superiores” (Cabrera, 2001, p. 33).

Un desafío que no es nuevo para esta corriente disciplinaria en tanto ésta se ha cuestionado constantemente su rol político como productora de realidad. Tal como plantea De Mussy (2007): “su concepción de la historia implica el entendimiento y especialmente la *producción* de hechos históricos como una cualidad individual propia e inherente a todo quien logre demandarla para sí” (p. 21)<sup>3</sup>, y eso no se lograría sino alimentando “de modo funcional y eficiente las ‘decisiones históricas’ que los actores sociales deben tomar sobre su propio presente, principalmente cuando el presente tiene rasgos de crisis estructural. La sociedad es histórica no sólo porque tiene un pasado lejano ya ‘cosificado’, sino también, y sobre todo, porque tiene un presente *saturado de historicidad*, pues el presente no está constituido como tal por ‘hechos’ consumados, sino por ‘decisiones’ que deben producir hechos” (Salazar, 2007, p. 102).

En ese desafío, el camino propuesto –para la historiografía- no es más que la utilización de ese

---

3 Aunque la cita en específico es sobre la propuesta del historiador chileno Gabriel Salazar, creemos que puede ser homologable a toda la corriente de la Nueva Historia Social en Chile y, con ella, a la Historia Social Popular.

mismo poder hermenéutico: una comprensión que tiene factibilidad en tanto las posibilidades de elección de los sujetos, dados por la realidad material, son accesibles a través de las mismas lógicas hermenéuticas, lo que hace comprensible –racional y afectivamente- las decisiones de los sujetos y las representaciones que crearon en su contexto particular. Un salto desde una lógica donde el lenguaje debe dejar de ser entendido como exclusivamente mimético, para pasar a ser generativo, abriendo las posibilidades, a su vez, de comprensión y diálogo con nuestro presente y los que hoy en él actúan –actuamos-.

### Sobre el concepto de solidaridad

Adentrándonos en nuestro tema específico, el abordaje al concepto de solidaridad que haremos requiere de una primera entrada etimológica de amplia perspectiva temporal. Si nos atenemos a lo planteado por Pérez Rodríguez de Vera: “El término solidaridad procede de dos campos léxico-semánticos asociativos, el originario concerniente a su étimo latino “*in solidum*” con un significado denotativo referido al mundo de la construcción, y el otro campo aludido, relacionado con la jurisprudencia. Este significado, “*sólido*”, era relevante en el lenguaje de la construcción, con un valor de cohesión, de unión entre las diversas partes. También se refiere a la cohesión entre las moléculas, que mantienen una forma constante” (Pérez Rodríguez de Vera, 2007).

Sin embargo, y siguiendo la pista de lo planteado por la autora, su uso –readecuación, transformación en concepto guía- no se verá hasta su masificación en la Francia del siglo XVIII. Acá, de la construcción teologal que encerraba al término en los cercos de la caridad cristiana –que implicaba el amor a Dios y al prójimo materializado en las prácticas de la limosna, del socorro, del servicio a los pobres y a los enfermos-, veremos su secularización progresiva, donde el puntapié

inicial pareciera estar dado por Pierre Lerroux (1797-1871) quien, según la autora, “[...] parece haber sido el primero en emplear esta palabra: ‘Yo lo he tomado, en el Grève de Samarez, de los legistas para introducirlo en la Filosofía, o mejor dicho, en la Religión’”. Su idea fue reemplazar la caridad del Cristianismo por la solidaridad humana, fundándose en razones que sólo pueden convencer a un positivista y que él mismo expuso en su libro *De l’Humanité*. Pierre Lerroux hace de la solidaridad una característica antropológica que la convierte en la base de la vida social; supera la división del género humano en naciones, familias o propiedades, estableciendo la unión entre los hombres. Este concepto estimado en su dimensión semántica se aproxima al término filantropía” (Pérez Rodríguez de Vera, 2007).

Sin embargo, es el campo discursivo eclesial el que, en nuestro caso nos interesa. Esto porque será este espacio el que reinstalará, con nueva lógica, el concepto dentro de amplios sectores sociales –en particular, los populares- desde mediados de los años 60 en adelante y no sólo en Chile, sino a nivel mundial. Así, veremos como en este período, al interior del espacio eclesial –que planteamos originalmente como el principal ejecutor y constructor de sentidos del término-, se dio una disputa clave en el que el concepto mismo de solidaridad debió debatirse el terreno junto al de caridad, sin obtener grandes avances precisamente hasta mediados del siglo XX<sup>4</sup>, donde

“(…) después, del Concilio Vaticano II las encíclicas papales adoptan la expresión “solidariedad” con el significado de solidaridad. A lo largo de la Doctrina Social de la Iglesia se hace patente esta voz, desde

---

4 Sabemos la irresponsabilidad *intelectual* que significa hacer esta síntesis extrema del proceso. Sin embargo, lo hacemos en tanto creemos que no corresponde al problema específico que trabaja este escrito.

la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII (1963), en donde se reflexiona sobre las cuatro virtudes de las relaciones internacionales, verdad, justicia, solidaridad y libertad. En la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI (1967) se analiza la solidaridad como un hecho, un beneficio y un deber, y en su carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971), se difunde la renovación de la educación sustentada sobre los principios de solidaridad. Además el Concilio Vaticano II denuncia las actitudes antisolidarias de la sociedad en general, tal es el caso del lucro excesivo, los nacionalismos, la dominación política, el carácter militarista, difundir e imponer ideologías, etc. También la economía va unida al desarrollo solidario de la humanidad, de tal manera que las mejoras económicas de los países desarrollados contribuyan a las de los países subdesarrollados” (Pérez Rodríguez de Vera, 2007).

### **Sobre la instalación del concepto en América Latina, Chile y sus espacios de socialización**

“Al hacer el balance ‘social’ del siglo XX chileno, es preciso, pues, hacer un Inventario de doble entrada, que haga converger, de un lado, los impactos de la realidad exterior en los sujetos de carne y hueso (principalmente de la baja sociedad civil) y, de otro, los ‘hechos hermenéuticos’ que determinaron las acciones de esos sujetos y su impacto en la producción de la realidad exterior” (Salazar, 2003, p. 350).

A mediados del siglo XX, América Latina se vió sacudida por la rápida aparición, multiplicación y fortalecimiento en discurso y repertorios de acción de diversas franjas de los sectores populares, en particular de los sectores de pobres del campo y de la ciudad. En este proceso, la Iglesia Católica latinoamericana tuvo un rol protagónico en tanto alimentó los procesos de

concientización y organización de estos sectores y recibió, al mismo tiempo, el impacto de dicho protagonismo histórico popular creciente, que la obligó a posicionarse ética y políticamente frente a estos nuevos *signos de los tiempos*.

En dicho escenario, se hizo evidente que, frente al empoderamiento progresivo de los movimientos sociales y populares latinoamericanos –independiente de su dependencia de las lógicas estatales, caudillistas o vanguardistas que muchas veces los coartaban-, las viejas formas de nombrar la praxis cristiana (con el concepto de caridad como centro) perdían peso, tanto práctico como político. Por ello, sectores del catolicismo construyeron una doctrina que tuviera correlato con dicho empoderamiento, lo que derivó en la aparición de la Teología de la Liberación, como visibilización, además, de las tensiones entre dos grandes grupos al interior de la estructura católica a los que, de manera general, podríamos clasificar de tradicionalistas y rupturistas, con la novedad de que la correlación de fuerzas al interior de la Iglesia Católica se movía –por vez primera- a favor de este último grupo. Factor importante en tanto es este grupo el que retoma las banderas de la solidaridad como una forma de re-entender dicho proceso político popular y definir su papel dentro de él.

La aparición de esta teología popular fue una tierra fértil donde el concepto de solidaridad pudo crecer a sus anchas, abonado por el mandato de la opción preferencial por los pobres del Concilio Vaticano II –materializado en Chile a partir de la Misión General de 1963-, y protegido luego por los sendos Documentos de Puebla y Medellín, tras los cuales se reconfiguró la praxis misma de la Iglesia Católica tras un ‘nuevo’ concepto que vinculaba los sentidos de transformación radical que flotaban en el ambiente y en la acción de los sujetos populares. Concepto de re-lectura, pero también de expectativa, que lograba unir las lógicas de comunión (común-unió) en la fe y de la práctica

en relación a ella y al contexto político-social latinoamericano (Miranda, 2018, pp.32-43).

Sin embargo, este afán recontextualizador de la Iglesia Católica en el período –en relación a su rol político en la sociedad-, se vio en una nueva encrucijada tras el Golpe de Estado de 1973. En ella, este rol, a medio camino entre el apoyo de las luchas populares y su visión estratégica clientelar (de no perder su papel como actor en la sociedad), se tensionó al encontrarse la Iglesia, solitaria, como una de las pocas instituciones que aún podía ejercer sus privilegios de actor social en un escenario dictatorial donde todas las formas de representación y organización de la sociedad civil fueron reprimidas, intervenidas, censuradas o clausuradas. Lo interesante es que en este nuevo escenario, siguiendo la hegemonía en manos de los sectores rupturistas, la iglesia profundizó la tarea profética de la *denuncia* de la opresión y el *anuncio* de la nueva realidad; tarea en la que el concepto de solidaridad volvió a permitir un marco de acción posible –y necesario-. La novedad vino en el sentido táctico en tanto, frente a las políticas de control y represión dictatorial, la Iglesia Católica se hizo pública como interlocutor, pero nuevamente privada –o comunitaria- en la acción profética; y este segundo aspecto se materializó en la potenciación de las llamadas comunidades eclesiales de base o comunidades cristianas de base (en adelante CCB) .

Fue en estos espacios privados donde el concepto de solidaridad se reinstaló en los sectores urbano populares, como una salida comunitaria (común-unitaria) que permitía el re-encuentro mismo de los derrotados y su sanación como “cuerpo” social tras la experiencia del “martirio” (Illanes, 2005). Y es acá donde comenzó, sobre todo a partir de 1976, el trabajo cotidiano donde, más allá del trabajo mismo de *denuncia* de la Iglesia Católica –materializada en la Vicaría de la Solidaridad-, se pasó al trabajo de *anuncio* a través de las comunidades. Éstas fueron, precisamen-

te, las escuelas donde los sectores populares encontraron la libertad y oportunidad colectiva de releer el bombardeo fáctico de la Dictadura, desplegando su sentido hermenéutico que les permitió levantarse, actuar y proyectarse. Y es donde el concepto mismo de solidaridad abrió puertas para ello.

Y ojo que cuando hablamos de escuelas (o contraescuelas) nos referimos a hechos verificables, en tanto dentro de ese proceso de proliferación y desarrollo de las CCB se dió el proceso paralelo de surgimiento y proliferación de prácticas de lo que empieza a denominarse 'educación popular' (bajo inspiración de Paulo Freire, educador brasileño y militante de la iglesia cristiana de base en su país natal), en las cuales, del 76 al 83, se promovieron espacios de 'reencuentro y relectura del mundo y la palabra' (Fauré, 2011).

Fue en este escenario donde se dio un proceso de aceleración contrafactual, desde abajo y desde dentro: si bien las posibilidades de expresión pública no existían, y los canales tradicionales de participación política se hallaban cortados por el poder fáctico, desde 'el interior' de los sectores populares se dio un profundo proceso de relectura de mundo, el cual encontró en dichas CCB un espacio propicio. Subrepticamente, los sectores populares se encontraron en una paradoja profundamente productiva -en términos conceptuales-, ya que si bien se salta, en lo físico, de lo público a lo privado, en lo conceptual esto significó, tras la proliferación de espacios de (re) encuentro común-unitario, la ampliación desde el concepto de clase al de pueblo -en términos de identidad- y de lucha al de solidaridad -en términos de acción-.

Así, cuando la crisis económica de 1982 dejó al descubierto las contradicciones mismas del modelo que se instalaba, se generaron las grietas por las que se dio la irrupción masiva de los sectores urbano populares en la escena política

pública, y los discursos y las acciones llevadas a cabo, ahora en clave comunitaria, mostraron dichos conceptos en práctica, estableciéndose ya no como reconceptualizaciones de mundo -o de la realidad material- sino principalmente como horizontes de expectativas. Y es aquí donde, ya definido, se inserta la propuesta de este trabajo.

## **Sobre el concepto de solidaridad como índice y factor**

La irrupción de los sectores populares en el período de 1983 a 1987, en las denominadas 'Jornadas de Protesta Nacional' significó la ampliación en los repertorios de acción del movimiento popular en su conjunto y del movimiento de pobladores y pobladoras en específico -y, con ello, una ampliación en el concepto mismo de política- (Garcés y Delamaza, 1985). Frente a ello, sostenemos que este paso se vio posibilitado por el desarrollo mismo de los conceptos antes descritos.

Para analizar este proceso, se revisaron una serie de boletines populares desarrollados por organizaciones poblacionales y coordinadoras de organizaciones del período, enfocándose en los editados en dicha etapa<sup>5</sup>. En virtud de ello, por razones de exposición y análisis, hemos creído necesario identificar tres sujetos colectivos hablantes que son parte de este movimiento de pobladores y pobladoras y de sus organizaciones poblacionales, a partir de los cuáles se realizará la presentación:

- a) Sujeto 1: los grupos eclesiales monitores. Personas vinculadas a la Iglesia y que dirigían los trabajos en las CCB.

---

5 Esto no deja de tener complicaciones, ya que, en muchos casos, dichos boletines no contaban con fecha precisa de publicación, por lo que en varios de ellos se realizaron aproximaciones a partir de los datos que referenciaban.

- b) Sujeto 2: las CCB, sus bases.
- c) Sujeto 3: los grupos políticos. Sectores de militantes y ex - militantes que, por las condiciones del período, encontraron en dichos espacios (no sólo eclesiales, sino, en general, comunitarios), un refugio y un espacio para la redefinición de sus discursos y prácticas políticas

Así, ya ubicados en el período, una primera constatación. Al abrir las primeras ventanas hacia el discurso y el concepto específico de 'solidaridad', nos encontramos con una confesión interesante del Sujeto 1:

"La palabra "Solidaridad" es actual, está de moda. En Chile funciona desde 1976 la Vicaría de la Solidaridad como expresión del 'compromiso de la Iglesia con los que sufren'. El Papa Juan Pablo II cita la palabra no menos de 10 veces en la encíclica 'Laborem Exercens', y en su último viaje a Polonia tuvo la osadía de pronunciar la palabra proscrita. Recientemente nuestros obispos nos han dirigido un llamado a la solidaridad y han creado la Comisión de Solidaridad de la Iglesia ante la situación actual, 'situación de emergencia'" (Díaz Mateos, s/f, p. 2).

Como Díaz Mateos expone, la estrategia estaba teniendo éxito. El concepto, patentado por la Iglesia Católica, había permitido traspasar sus fronteras y hacerse pública –en sentido de país y de denuncia-, pero también con un profundo impacto en la acción privada, en el trabajo mismo de las CCB. Y es aquí donde hay que profundizar. A fin de cuentas, la jerga católica no ofrece un concepto aislado, sino una familia de sentido, una red categorial, y, en ella, ya se concatenaban otros conceptos guía. Así, en las páginas de la revista *Amerindio*, en la sección de la Jefatura Eclesial de una CCB aparece dibujada una cascada, y, de

ella caen junto al agua cuatro conceptos junto a una leyenda anexa:

"Verdad – Justicia – Esperanza – Solidaridad.

Una Iglesia dinámica comprometida con los problemas de los hombres es como el agua corriente: calma la sed de la gente y renueva sus energías." (Amerindio N°2, s/f, p.8).

Visto así, la conjunción es interesante, ya que, de una forma u otra, esta leyenda logra reunir algunos de los conceptos clave del período y, por otro, resume la lógica misma de la Iglesia Católica: la *denuncia* (verdad – justicia) y el *anuncio* (esperanza – solidaridad).

Sin embargo, en lo que respecta a solidaridad en específico, ésta suele aparecer en el período, para este Sujeto<sup>1</sup> junto a otros subgrupos conceptuales, que refieren principalmente a la dinámica interna –de fe y de práctica de ella en tanto hermanos y hermanas-, más que aquellas que refieren al (a)salto a lo público:

"Emotiva fue nuestra llegada al ver como los pobladores presentes compartían su Olla Común con nuestros hermanos en un ambiente FRATERNAL Y SOLIDARIO en el cual no faltó la guitarra y los cantos que amenizaron esa mañana de domingo"  
(Amerindio N°2, s/f, p. 4).

Por lo mismo, no es de extrañar el correlato de dicha red categorial con lo que plantea el Sujeto<sup>2</sup> (amor – felicidad - solidaridad):

"Sirve a los demás y serás feliz  
Cultiva el amor que nos demuestra solidaridad

Amor y felicidad son sinónimos  
Cultívalo y serás amado y querido  
Por Dios y por los demás”

Paola, del 7<sup>a</sup>A, Escuela 576 (Boletín Informativo Centro Juvenil “Los Copihues”, año 1, número 4, p. 9).

Aunque no por ello no van a surgir conceptos operantes de otras redes, que se filtran en el discurso del Sujeto 2 y que constituyen un primer paso a la resignificación. Véase acá como se cruza conciencia y solidaridad, en una red categorial que se inicia de forma análoga a la anterior (amor – felicidad – solidaridad):

“Pero que hombre cuando quiere entregarse a su prójimo con sinceridad y amor no es mirado con dudas y a veces calumniado sin siquiera escucharlo, lo que sucede es que estamos tan materializados e individualistas y egoístas, tan llenos de problemas que nos auto-imponemos, que no hay espacio para el amor, la solidaridad, la felicidad.

Una vecina me dijo: ‘pero que les importan los demás, no ven que sólo se aprovechan de ustedes...’ No importa que inicialmente se aprovechen de lo que podamos generar, nuestra labor no es juzgarlos si no que por el contrario orientarlos, capacitarlos e incentivarlos a ser protagonistas de su propia historia, logrando así junto al trabajo común y solidario mayor compromiso social y por lo tanto mayor nivel de conciencia, aplicada ésta en la práctica diaria dará luz al camino del cambio social que deseamos” (Amerindio N°4, p. 2)

Lo interesante de este punto es que, en la práctica, ese espacio privado de las CCB ya había explotado: primero, porque las CCB, al ser espacios de confluencia de diversos actores, implicaba necesariamente el apropiamiento de las redes

categoriales de la Iglesia pero, al mismo tiempo, la resignificación de todos esos actores y, del mismo modo, la entrada de nuevos conceptos que se refugian y se resignifican (como el de lucha, conciencia o clase); y, por otro lado, que el trabajo mismo de las CCB, en este período, se hace cada vez más externo, saltando de los espacios parroquiales a las calles en una proliferación de actividades comunitarias enriéndose con las prácticas de reciprocidad popular de larga data (pero no aceptadas como repertorio político en el periodo anterior a la Dictadura). Por lo mismo, el concepto de solidaridad eclesial debe ampliarse, debe incluir, debe tender puentes hacia las demás redes conceptuales:

“SOLIDARIDAD

Primero se llevaron a los comunistas,  
Pero a mi no me importó  
Porque yo no era...

En seguida se llevaron a unos obreros,  
Pero a mi no me importó  
Porque yo tampoco era...

Después detuvieron a los sindicalistas,  
Pero a mi no me importó  
Porque yo tampoco era.

Luego apresaron a unos curas,  
Pero como yo no soy religioso,  
Tampoco me importó.

Ahora me llevan a mi,  
Pero ya es tarde”

(Amerindio N°1, s/f, p. 8).

Así, poco a poco, solidaridad empieza a asociarse con lo que ayer se consideraba clase. Concepto de patrimonio casi exclusivo de la

izquierda que, a su vez, también sólo encuentra sentido, en la época, asociado con solidaridad, en un camino de ida y vuelta:

“Si pues. Resulta que a muchas familias que viven en nuestra población les da vergüenza acercarse a nuestra olla común, como si fuera un crimen o un delito organizarse para enfrentar nuestros problemas.

Nosotras preguntamos, ¿Acaso somos los pobladores los responsables de que no haya trabajo? ¿Somos nosotras responsables de los sueldos miserables que pagan los patronos a los pocos que tienen trabajo? ¿somos nosotras las que creamos el hambre en las poblaciones? NO PUES. Nosotras no hicimos la política económica que necesita que haya mucha gente sin trabajo para poder funcionar. Nosotras no somos las dueñas de las fábricas donde se le roba a nuestros maridos lo que ellos son capaces de producir. A ellos, a los Chicago Boys que impusieron por la fuerza la política económica de la cesantía, a los empresarios que comen como reyes y hambread a los trabajadores, A ELLOS LES TIENE QUE DAR VERGÜENZA PORQUE LE ROBAN A LOS POBRES.

Nosotras respondemos al hambre con lo único que tenemos como arma: nuestra unidad, nuestra organización, nuestra solidaridad de clase explotada.

Las de la olla” (Boletín Marta Cano N°2, 1987, p. 4)

Es aquí donde solidaridad comienza a encubrir el otrora concepto de conciencia (referido a la conciencia de clase) y, al ser utilizado, se hará referencia, en particular en el Sujeto<sup>3</sup>, a la necesidad

de una acción consciente de carácter clasista:

“Siendo uno de los frentes con más dinámica en su vida interna a la cual nos orgullece que nuestras mujeres se la jueguen. Hoy vuelve a tocar los sentimientos de madre y realizaron una PEÑA SOLIDARIA para con CARMEN GLORIA QUINTANA ARANCIBIA. La cual lleva por consigna “PARA QUE EN CHILE NUNCA MAS” ¡¡1986: AÑO DECISIVO. PALABRA DE MUJER!!”

(“Frente de mujeres”. Boletín Coordinadora Caro-Ochagavía, 1986, p. 2).

[...] cuando los pobladores buscan organizadamente solución a sus problemas, como son la vivienda, la salud y educación, la alimentación, etc., los comité de cesantes, organizan ollas comunes que son una respuesta positiva al problema del desempleo y a la alimentación, podemos decir que en Santiago existen más de 400 ollas comunes, que buscan por medio de la solidaridad y denuncia ser escuchados, para manifestar su desacuerdo al gobierno...”

(“Ollas comunes”.  
El portavoz N°7, 1983).

A fin de cuentas, los pobladores se habían apropiado del espacio eclesial, y con gritos y preguntas, resignificaban dicho espacio y los conceptos. En una tribuna libre -especie de pizarrón dibujado que ocupaba una plana entera del boletín de la Zonal Sur de Pobladores-, podían leerse los siguientes rayados:

“Juguemos en la Iglesia  
Mientras el Papa no está”

"Solidaridad o caridad"

(El Unitario, 1986, p. 8).

Por lo mismo, los recuestionamientos también serán oficiales. Desde el Sujeto 1, por ejemplo, no tardará en aparecer la duda:

"La palabra Solidaridad ¿es una palabra con implicaciones sociales, sindicales o políticas solamente?, ¿o es una palabra cristiana? La actitud de solidaridad que se nos pide ¿es sólo una actitud de emergencia, nacida de sentimientos humanitarios hacia nuestros semejantes, o es más bien una exigencia perenne de nuestro ser cristiano?" (Díaz Mateos, s/f, p. 2).

Las dudas de Díaz Mateos son legítimas. A fin de cuentas, este Sujeto 1 se hallaba tensionado, primero, por el concepto de caridad (actitud de emergencia), segundo, por el de conciencia o clase (sindical o política) y, tercero, por el sentido cristiano de solidaridad que la Iglesia intentaba instalar pero que, sea como sea, era de corta data y, por lo mismo, en pleno proceso de redefinición como nuevo horizonte de expectativas. Por ello, se hacía necesaria siempre una rectificación:

"*Koinonía* es, resume la Biblia de Jerusalén en la nota a Hechos 2,42, 'la resultante de la unión de los espíritus, pero que se traduce en gestos concretos de participación y de preocupación. Quizás tenemos una buena definición en Puebla cuando nos habla de 'comunidad y participación'. La comunión es el origen de la participación, pero la participación es criterio para saber si hay comunión con aquello de San Juan: 'si uno posee bienes de este mundo y, viendo a su hermano que pasa necesidad le cierra las entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? (I Jn.

3,17)" (Díaz Mateos, s/f, p. 3).

Sin embargo, más allá de las dudas institucionales algo sí había operado, desde las organizaciones poblacionales, y es la ya mencionada ampliación del concepto mismo de clase. En ese sentido, y haciendo eco de la instalación del concepto de comunidad por parte de los primeros, solidaridad y pueblo pasarán a ocupar el terreno que ayer, en la red conceptual política, ocupaban conciencia y clase:

"El equipo de prensa frente a la adversidad les entrega un apoyo solidario y un saludo fraternal a las organizaciones que integran la sectorial y a todas las organizaciones hermanas que hoy luchan junto al pueblo. También hacemos un llamado a mantener la moral y la frente en alto, a no decaer en los esfuerzos, porque a pesar de todo tenemos VIDA Y SI HAY VIDA HAY ESPERANZAS Y SI HAY ESPERANZAS HAY LUCHA, y porque el futuro está con nosotros... ¡DEBEMOS SEGUIR ADELANTE!"

("Presentación". Boletín Forjando la esperanza... SECTORIAL 06 Pudahuel N°2, 1986, p. 1).

"<Placeres suma y sigue>: Placeres se ha caracterizado por tener una respuesta a cada atropello. Es así que se constituyó en este cerro el Comité de Solidaridad con los Profesores Despedidos. Este comité que pudo surgir bajo el alero del COS de Placeres agrupa no solo las organizaciones de dicho coordinador sino que también a padres, apoderados, profesores y pobladores en general. El objetivo de este comité es dar a conocer la verdad a la población sobre el atropello hacia los educadores y educandos por parte de la dictadura (...). Por último aún

se encuentran detenidos los compañeros Bernardino Chacana y Mario Medina con los que solidarizamos y llamamos a solidarizar a todas las organizaciones populares”

(Boletín ODEPO - Organización de defensa de los Derechos Poblacionales V Región N° 16, pp. 3-4).

En relación a lo anterior, la sustitución de clase y conciencia por los conceptos de pueblo y solidaridad no es sólo un cambio de uno por otro, sino, en ambos casos, una ampliación: en ese sentido, pueblo aparece como un ente aglutinador con mayor potencia que clase. A fin de cuentas, el surgimiento de las Jornadas de Protesta Nacional implicó precisamente un proceso donde aparece en escena un sujeto histórico amplio y diverso que los poderes fácticos no supieron nombrar –y tampoco esperaban ver aparecer- (los ‘otros’: cesantes, dueñas de casa, allegados y allegadas, jóvenes poblacionales, etc.). En ese sentido, al escaparse de las categorías clásicas de representación de los sectores bajos de la sociedad –trabajadores, clase obrera- el nuevo sujeto tuvo que vivir un nuevo bautismo, un autobautismo; y de su posición subordinada en las redes conceptuales del ayer (de ser la comparsa en los slogans setenteros que llamaban a ‘la clase obrera y el *pueblo pobre*’), hoy surgían como un solo cuerpo, una comunidad (común-unidad), apoyado por la conceptualización cristiana.

80

Por otro lado, el concepto de solidaridad lograba ampliar la perspectiva misma de conciencia ya que implicaba siempre en su formulación un carácter práctico. Es decir, si bien se lee que la solidaridad implicaba, en primer término, un grado de conciencia de clase, no se remitía sólo al poseer dicha conciencia. El concepto de solidaridad deviene necesariamente en acción. Por lo mismo, la potencia del mismo reside en que es capaz de sintetizar, en un solo concepto, lo que ayer se diferenciaba como ideológico (con-

ciencia) y lo político (la lucha, o lucha de clases). La solidaridad es conciencia actuada; es, en el sentido freiriano del término, la verdadera praxis (la conjunción de acción y reflexión):

“<En Forestal: Pobladores y Profesores Movilizados>: El Comando de Defensa de la Educación de Forestal, está realizando variadas actividades enfocadas a la denuncia y solidaridad concreta del ya conocido problema del despido masivo de profesores. Es así como el sábado 21 de Febrero se llevó a cabo un acto artístico cultural en la capilla del sector las torres, el que contó con una presencia de aproximadamente 80 personas y el siempre incondicional aporte de cantautores populares. Además se están completando listas de firmas en rechazo del retroceso de la educación y el reintegro de todos los profesores despedidos. Otra actividad es la campaña del kilo que servirá para reunir alimentos no perecibles para la futura olla común de los profesores”

(Boletín ODEPO - Organización de defensa de los Derechos Poblacionales V Región N° 17, año III, p. 5).

Es por esto que planteamos que, a pesar de las divergencias conceptuales de los tres grupos mencionados anteriormente, lentamente comenzó a fraguarse una síntesis, donde la solidaridad como praxis lograba sintetizar no sólo un carácter práctico verificable en el período (las múltiples prácticas comunitarias que, reticularmente, empezaron a extenderse como forma de apoyo mutuo frente a la represión y las necesidades y que, desde el 11 de Mayo de 1983, tuvieron su bautismo público como movilizaciones o acciones políticas), sino que, además, pasó a constituirse en un referente creador de realidad y futuro, un *factor* de transformación.

En la siguiente cita se puede dar cuenta del primer punto planteado: el de solidaridad como un concepto que nombra a lo ya existente, pero no conceptualizada; la solidaridad como expresión de la diversidad de prácticas populares comunitarias:

“Comedor Infantil, Centros de apoyo escolar, Talleres de Mujeres, Grupos Juveniles, Bolsa de Cesantes, Botiquín Poblacional, cursos de primeros auxilios, CEVAS, macramé, teatro, actos culturales... Nuestra Casa, LA CASA SOLIDARIA, presta servicios a nuestro grupo, a la Comunidad Cristiana, al Comité de Adelanto Los Copihues, y en general a todos quienes la solicitan en Pro de la comunidad” (“Historia del Trabajo Social y Poblacional”. Boletín Informativo, Grupo Juvenil Los Copihues, Villa Nonguén N°12, año 3, 1984, p. 3).

Sin embargo, el proceso más interesante es cuando este concepto empieza a marcar rumbos de acción, donde solidaridad pasa a ser imperativo de acción, ejemplo a seguir y se vincula con nuevos repertorios de acción; grupos específicos que trabajan por llevarla a cabo, por su realización como ideal: los Comités de Solidaridad:

“El Comité de Solidaridad tiene como objetivo fundamental realizar diversas actividades para satisfacer de alguna manera las necesidades que se vayan presentando. El Comité de Solidaridad agradece a todas las personas que de una u otra manera nos ayudaron a cumplir nuestras metas que eran ir en ayuda de los compañeros detenidos arbitrariamente por el régimen el 8 de Marzo –Día Internacional de la Mujer-; además los instamos a seguir colaborando en las

diversas actividades y que entre ellas se encuentra, visitar periódicamente a los presos políticos. Horario: martes, jueves y domingo desde las catorce treinta hasta las diecisiete treinta horas.

#### ACTIVIDADES QUE SE HAN DESARROLLADO

Se han realizado actividades para ir en ayuda de los detenidos: una rifa, bonos de cooperación, un [ilegible] en los que afortunadamente los pobladores respondieron como esperábamos. Invitación: “GRAN RIFA SOLIDARIA”; invitamos a cooperar en esta gran rifa solidaria, para seguir ayudando a los detenidos del 8 de Marzo, que aún siguen encarcelados” (Atención”. El Boletín. Frente Poblacional Tucapel N°2, abril de 1987, p. 2).

“Por la labor que se deseaba hacer y los deseos de solidarizar con los damnificados, este grupo de personas se denominó “COMITÉ SOLIDARIO DE LA PARROQUIA LOURDES DEL CERRO LOS PLACERES”. Es así como buscando su objetivo comenzó a solidarizar con el damnificado y realizó una encuesta social que daba a conocer la necesidad del damnificado, inscribiéndose alrededor de 300 familias”

(“Vida del Comité Solidario”. El Solidario. Boletín del Comité Solidario Los Placeres N°2, p. 6).

#### Balance Final

A manera de síntesis, la arremetida factual de los militares y la contrarrevolución neoliberal desplegada desde el 11 de septiembre de 1973, no sólo significó una serie de hechos materiales de represión y negación, también implicó la desestructuración de las redes categoriales que

los sujetos habían construido para representar la realidad, incluyendo, en ese sentido, la prohibición de la palabra y de los espacios donde ésta se discutía, reelaboraba y plasmaba en acciones concretas (desde la calle a las universidades, desde el Parlamento a los grandes congresos programáticos, desde los medios de comunicación masivos a las masivas manifestaciones culturales).

Ese proceso significó, para amplios sectores sociales, un salto de lo público al espacio privado donde, en diversas poblaciones del país, tuvieron que levantarse nuevos espacios de encuentro que supieran ocupar las rendijas de libertad que este sistema dejaba. En ellos, y en particular en los levantados al alero de la Iglesia Católica (CCB) se dio un interesante proceso hermenéutico popular el cuál, frente a la nueva realidad, los sectores populares supieron adoptar nuevos conceptos que al ser resignificados permitieron, por un lado, nombrar y validar las acciones que, reticularmente, volvían a entrelazar el tejido social popular y, por otro lado, volver a levantar imágenes proyectivas, horizontes de expectativa tras los cuales se pudieran aglutinar diversos sujetos en un proceso de reconstrucción de un nuevo proyecto histórico de largo aliento. Proceso donde el concepto de solidaridad no sólo sirvió como soporte para las acciones y discursos de la época, sino que aún se mantiene como referente de un proyecto que, en tanto se rige por los tiempos sociales –o populares- y no por los tiempos políticos del poder de los de arriba, aún está en constante (re)construcción.

En ese sentido, recogiendo la hipótesis inicial y sopesándola a la luz de las fuentes primarias revisadas, si bien el concepto de solidaridad no estaba alejado de la red categorial con la que operaban los sectores populares –y, en particular, el movimiento de pobladores- previo a la Dictadura, la relevancia que adopta este concepto en el período tiene relación con un doble

objetivo: *encubrir/descubrir* y *sintetizar* –en clave proyectiva-. *Encubrir*, por un lado, el uso de otro concepto que, por las condiciones fácticas del período, se hallaba proscrito: el de conciencia (relacionado con otro concepto guía, el de clase), y *descubrir*, por otro lado (aunque en profunda relación con el anterior), la posibilidad de operar en la práctica con un nuevo concepto que, sin la pérdida del sentido, permitía –políticamente hablando- lograr la amplitud necesaria para la *inclusión* de otros sujetos y sujetas en la lucha política antidictatorial; y, desde otra perspectiva y como segundo objetivo, *sintetizar* en un nuevo concepto ciertas lógicas de acción que el concepto mismo de conciencia de clase y lucha no lograban abarcar en su conjunto, y que al surgir el concepto de solidaridad, logran hacer de él un concepto de relectura de mundo y de praxis (acción y reflexión unidas) de carácter proyectivo.

## Bibliografía

- Cabrera, M.A. (2001). Historia, lenguaje y teoría de la sociedad. Valencia: Editorial Fronesis.
- Chignola, S. (2003). Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno. *Res publica*, 11-12, pp. 27-67.
- De Mussy, L. (2007). *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*. Santiago: Editorial Universidad Finis Terrae.
- Díaz Mateos, M. S.J.(s/f). Llamados a la solidaridad. Una perspectiva bíblica. *Serie Fe y Solidaridad* N°48 ECO, Educación y Comunicaciones,.
- Fauré, D. (2011). Auge y caída de la educación popular en Chile: de la "promoción popular" al "proyecto histórico popular" (1964-1994). Santiago: Tesis de Magíster, Universidad de Santiago de Chile.
- Garcés, M. y De la Maza, G. (1985). *La explosión de las Mayorías*. Santiago: ECO, Educación y Comunicaciones.
- Gómez Ramos, A. (2004). Koselleck y la *Bessgeschichte*, Cuando el lenguaje se corta con la historia. En: R. Koselleck, *historia/Historia*. Madrid, Trotta.
- Illanes, M.A. (2005). El cuerpo nuestro de cada día: El pueblo como experiencia emancipatoria en tiempos de la Unidad Popular. En J. Pinto (Coord.), *Cuando hicimos historia*. Santiago: Editorial LOM, pp. 127-146.
- Jervolino, D. (2005). Hermenéutica. En R. Salas (Comp.), *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*. Vol. II. Santiago: Editorial UCSH, pp. 497-504.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Koselleck, R. (2009). *Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*. *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento* N°223, 2009, Barcelona.
- Koselleck, R. (2004). "Historia de los conceptos y conceptos de historia". *Ayer*, 53, 2004 (1).
- Miranda, E. (2018). *Compartir el pan y la vida: las comunidades cristianas de base y el proceso de rearticulación del movimiento de pobladores en la zona oeste de Santiago (1975-1986)*. (Tesis de maestría). Santiago: Universidad de Santiago de Chile.
- Oieni, V. (2004-2005). Notas para una Historia Conceptual de los discursos políticos. *Anales* 7-8, pp. 27-61.
- Pérez Rodríguez de Vera, I. (2007). Itinerario de la solidaridad desde el pandectas de justiniano hasta su incorporación en las diferentes disciplinas. *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos* 14. Recuperado de: <http://www.um.es/tonosdigital/znum14/secciones/estudios-21-solidaridad.htm>
- Salazar, G. (2003). Memoria, hermenéutica y movimiento de la "baja sociedad civil" (Chile sobre el 2000). En *La Historia desde abajo y desde dentro*. Santiago: Editorial Universidad de Chile, pp. 343-364.

Vilanoui Torrano, C. (2006). Historia conceptual e historia de la educación. *Historia de la Educación* 25, pp. 35-70.

Villacañas, J. y Oncina, F. (1993). "Introducción". En R. Koselleck y H.G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Editorial Paidós, pp. 9-53.

### **Boletines Populares Consultados**

Amerindio, Centro de Integración y desarrollo social (Fundado el 9 de Octubre de 1983).

Boletín Informativo Centro Juvenil "Los Copihues".

Boletín Marta Cano. Boletín del Sindicato de Trabajadores sub-empleados "17 de Noviembre", El Bosque 1, Conchalí.

Boletín C.C.O. (Coordinadora Caro – Ochagavía). El Portavoz.

El Unitario. Zonal Sur de Pobladores.

Forjando la esperanza... SECTORIAL 06, Pudahuel.

Boletín ODEPO, Organización de defensa de los Derechos Poblacionales V Región.

Boletín Informativo, Grupo Juvenil "Los Copihues", Villa Nonguén

El Boletín. Frente Poblacional Tucapel

El Solidario. Boletín del Comité Solidario Los Placeres